

Trinidad¹! Sea la grande, la primera ocupación de nuestra vida terrestre y mortal aquello que esperamos ha de ser nuestra única ocupación por toda la eternidad: bendecir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, alabarlo y ensalzarlo de todas maneras, vivir como siervos consagrados totalmente al culto de la Trinidad santísima. ¿Cabe felicidad mayor?

16. Pues ¿cuál será la vuestra, oh fieles que no en vano os gloriáis con el título honrosísimo de *Hijos de la Santísima Trinidad*? Y ¿por qué lleváis ese dictado sino porque, no contentos con honrar y reverenciar el augusto misterio como humildes siervos, amáis á la santísima Trinidad con entrañas de filial ternura? Bien hacéis en amar al Ser infinitamente amable, al que es caridad y gracia y comunicación de todos los bienes², al Padre que nos crió, al Hijo que nos redimió, y al Espíritu Santo que nos santificó. Sí, amad con todo vuestro corazón y vuestras fuerzas todas á la Trinidad amabilísima; que así, y solamente así, daréis lleno el primer precepto de la Ley: *Amarás al Señor tu Dios*³: amadla como hijos que se esmeran en complacer á su Padre, imitándole en lo que él más estima, la santidad, pues para santificaros tenéis en el misterio de vuestra devoción el modelo, el principio y el término de toda santidad, el baluarte contra todos los enemigos durante la presente vida, y la escala misteriosa para subir al cielo. Así sea.

¹ Eccl. in offic. Trinit.

² Ead. ibid. in Antiphonis. — 2 Cor. 13, 13.

³ Luc. 10, 27.

SERMÓN PARA LA FIESTA DEL CORPUS

(predicado en Facatativá, con ocasión de la dedicación del templo, 1895).

Triunfo de Jesucristo en la Eucaristía.

. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester.
Andaré por vuestras calles, y seré vuestro Dios.
Lev. 26, 12.

I. Sin temor de exagerar, hermanos míos, podemos asegurar que no hay fiesta más solemne ni que más entusiasmo despierte en el pueblo cristiano, que la instituída en la Iglesia hace más de cuatrocientos años para honrar el santísimo Cuerpo de Cristo. Todo en ella es magnífico y pomposo, todo lleno de júbilo y contento, todo respira novedad; porque esta fiesta no envejece ni se eclipsa jamás, sean cualesquiera las circunstancias en que se celebra. Así lo canta el Ángel de las Escuelas, el inspirado vate de la Eucaristía, Santo Tomás de Aquino¹: *Acompañe la alegría á la solemnidad sagrada; resuenen los himnos de alabanza nacidos del corazón; todo sea aquí nuevo, los corazones, las palabras, las obras*. Pues ¿qué será cuando las circunstancias especiales en que se celebra la fiesta del Corpus convidan á redoblar la santa alegría por la novedad, no sólo de las ceremonias sagradas, sino del mismo templo con todo lo que en él se encierra? Acabamos de dedicar con la solemnidad que pide tan augusta ceremonia, esta magnífica basílica que la piedad de un gran pueblo ha sabido levantar en tiempos muy difíciles; justo es que la grande é imponente solemnidad del santísimo Cuerpo de Cristo venga á coronar estas fiestas verdaderamente extraordinarias, así por su objeto como por su pompa.

¹ Hymn. «Sacris sollempniis...» (Eccl. in fest. SS. Sacram.).

2. Porque, en efecto, mis amados oyentes, es preciso que el triunfo de la religión, que es vuestro triunfo, en esta obra grandiosa, sea completa; y lo será llevando en triunfo á Jesucristo por las calles y plazas de esta religiosa ciudad. ¿Qué representa este templo sino la fe, la religiosidad, el amor de todo un pueblo á su único verdadero Dios y Señor, á cuyo nombre se ha erigido esta suntuosa fábrica? Pues haced que esa fe y esa acendrada piedad que los muros del templo no pueden contener, se desborde por fuera de su recinto, cual torrente de expansiones no menos patrióticas que religiosas, y mejor aún, cual avenida de gracias celestiales que desparrame por todo el campo de las almas la fertilidad y la abundancia de las buenas obras. He ahí precisamente el significado de la fiesta de este día. Ella no es otra cosa que el gran triunfo de Jesucristo sacramentado: triunfo espléndido en sí mismo, y manantial de felicidad para la Iglesia. Ésta se afana, como en ninguna otra ocasión, por honrar á su adorado Esposo en el Sacramento augusto del amor: Jesucristo, por su parte, complacido del celo y ternura de su Esposa mística, la enriquece á manos llenas con la generosa munificencia de un Soberano que recorre su corte en carro de victoria. Tal es el asunto con que voy á ocupar vuestra piadosa atención en este día, después de implorar etc. *Ave María.*

I.

3. Honrada en demasía la Iglesia nuestra Madre con la posesión real del Cuerpo sacramentado de Jesús¹,

¹ *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus (Ps. 138, 17).*

no podía menos de esmerarse en honrar á este Cuerpo sacrosanto por todos los medios posibles, tributándole, sin temor de caer en ningún género de superstición, el culto de latria, la adoración reservada á solo Dios, por ser aquel cuerpo divino. Por eso, no contenta con exponer el Santísimo Sacramento á la pública adoración de los fieles en el tabernáculo, decorado con todo el lujo que permiten los actuales adelantos del arte, dispone sacarlo del recinto sagrado llevándolo en manos de sus sacerdotes por los sitios más frecuentados de la ciudad con toda la pompa y aparato del más solemne triunfo. Tal es la idea que ha presidido, hermanos míos, á la institución de la gran procesión que caracteriza la solemnidad del Corpus. Jesucristo se llevó á sí mismo en sus propias manos¹, cuando por primera vez distribuyó á sus Apóstoles en el Cenáculo su cuerpo sacramentado, cumpliéndose así, según observa San Agustín, una profecía de David, al parecer literalmente irrealizable. Y ¿cuándo se vió más honrado el Hombre-Dios que cuando de este modo se llevó á sí mismo? He aquí lo que la Iglesia ha querido imitar conduciendo en manos de sus ministros, que son como las manos propias del Hijo de Dios, el Cuerpo venerable de Jesucristo². En el Cenáculo recibió el Salvador los más profundos homenajes de fe y adoración de parte de sus Apóstoles: hoy los recibe en un todo semejantes, de parte de millares de fieles. Adóranle los particulares, adórale la sociedad entera, y de esta suerte el triunfo de nuestro Dios y Salvador es tan completo como lo desea y procura su querida Esposa.

¹ *Ferebatur manibus suis (S. Aug.).*

² *Bourdaloue, Serm. del SS. Sacram.*

4. Ríndenle todos los fieles homenaje de fe, de amor, de adoración, dominando así el divino Rey todas las almas que le pertenecen y forman su escogido pueblo. Todos los hombres del universo, de todos los tiempos y condiciones, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes, deben vivir sometidos al imperio de Jesucristo, no ya únicamente en la esfera de las acciones civiles y puramente exteriores, sino en toda la extensión de sus actos humanos, con plena y perfecta sumisión de inteligencia, corazón y sentidos, porque Él es el esplendor del Padre, Primogénito de toda criatura, que ha recibido en herencia todas las naciones¹. Todos deben creer en Él, todos deben amarle y adorarle, so pena de ser contados en el número de los rebeldes secuaces de Luzbel, y destinados á la misma pena en el día tremendo de la final justicia. Pero ¡ah! ¡cuántos hombres ciegos, ya sea por la ignorancia, ya por la corrupción y la soberbia, se sustraen, en el curso ordinario de la vida, al dichoso imperio de Jesucristo! ¡Cuántos hay que le niegan ó le desconocen, cuántos que le ultrajan, cuántos que, procaces, se burlan de su majestad, como los sayones impíos del Pretorio! Á esta turba pertenecen los herejes, principalmente los impugnadores obstinados de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, los descreídos, los apóstatas que hacen coro con los sectarios, quizá más por falta de carácter que por haber perdido la fe de sus mayores, los indiferentes, los malos cristianos, y hasta los que por tibieza, desamor y ligereza defraudan á Jesucristo del honor y respeto que le son debidos.

5. Justo es, amados fieles, que algún día siquiera se vea el Salvador indemnizado de los ultrajes que se irro-

¹ Ps. 2, 7, 8 et alibi.

gan á su persona, elevándose del fondo de todos los corazones, sin faltar uno solo, un grande himno de fe, alabanza y amor que compita con el gran cántico del Apocalipsis, que oyó el Apóstol San Juan, de millares de millares de ángeles, hombres y toda especie de criaturas: *Bendición, honor y gloria y potestad por siglos de siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero*¹. Justo es que los ancianos, los grandes de la tierra, caigan de rodillas, y con la frente pegada en el suelo adoren prosternados al que, siendo Dios, vive y vivirá por todos los siglos y ahora se digna morar en medio de nosotros y recibir nuestras insignificantes adoraciones². Y en efecto, cuando Jesucristo sale del templo, rodeado de gloria y majestad, como un gigante para empezar su carrera³, como el esposo que deja el magnífico tálamo de oro y de marfil⁴, no hay en el pueblo cristiano, no puede haber, quien no crea en el Dios del Sacramento, quien no doble la rodilla, quien no incline reverente la cabeza, quien no adore de todo corazón á Jesucristo. Y, si alma hubiera tan próterva y desgraciada que no sintiese la impresión religiosa que natural y como forzosamente ha de producir la más imponente de nuestras ceremonias; si hubiera quien con satánico descaro provocase la venganza del mismo Dios, negándose á prestarle adoración, la indignación pública aplastaría en el acto tan insolente audacia, y la confusión del malvado repararía suficientemente sobre la tierra el ultrajado honor del Dios de nuestros altares. Es muy grande el poder de la Eucaristía sobre las almas que del todo no se hallan poseídas de furor diabólico, pues hasta

¹ Apoc. 5, 13.

² Apoc. 5, 14.

³ Ps. 18, 6.

⁴ Ibid.

sobre los mismos demonios ejercía el Salvador su imperio irresistible arrojándolos de los cuerpos de que se habían apoderado. *Calla y obedece, espíritu inmundo*¹, les decía, y ellos, retorciéndose de coraje, veíanse forzados á abandonar su presa; *porque no podían desconocer que el que así les hablaba era Cristo*². Y ¿habrá hombre, más protervo que los mismos demonios, que desconozca á Cristo nuestro Señor en la Hostia santa?

6. ¡Anatema á quien no ame á nuestro Señor Jesucristo! exclamaba ardiendo en santo celo el Apóstol San Pablo³. Pero ¡ah! no quiera Dios que haya necesidad de fulminar anatemas en día como éste, en que el corazón del hombre se ve dulcemente cautivado por el amor á Jesús, porque del Sacramento, hoguera divina en que Dios mismo se consume, brotan llamas que encienden los corazones más fríos. ¡Oh! el Dios de la Eucaristía es el Dios del amor. Y, al presentarse á su pueblo en toda la majestad del culto con que la Iglesia le rodea, no hay corazón que se resista al atractivo del amor de un Dios. *Salid, hijas de Sión*, dice á las almas la Esposa del Cordero, *salid á ver á vuestro rey Salomón coronado de la diadema con que le ciñó su madre en el día de sus bodas y en el día de la alegría de su corazón*⁴; y las almas menos fervorosas, y hasta las más olvidadas de las cosas divinas, acuden á la invitación de su Madre la Iglesia, salen á contemplar la triunfal procesión, y quedan heridas, no sólo de respeto, sino de amor á Dios que se digna alzar entre los hombres su trono, y andar confundido en medio de ellos: *Ambulabo inter vos, et ero Deus vester*. ¡Ah! y ¿qué

¹ Luc. 4, 35.

² Quia sciebant ipsum esse Christum (Luc. 4, 41).

³ 1 Cor. 16, 22. ⁴ Cant. 3, 11.

será lo que pasa en el corazón abrasado de caridad de tantos millares de almas puras y fervorosas? Ellas, como los bienaventurados en el cielo, los cuales de continuo le festejan por las calles y plazas de la celestial Jerusalén, donde siempre resuena el *aleluya*, voz de la alabanza y alegría sempiterna¹, ora, como los Ancianos, se arrojan á los pies de Jesús sacramentado, rindiendo juntamente las coronas de la humana grandeza, reconociendo que sólo *el Cordero inmolido es merecedor de gloria y honor por todos los siglos*²; ora, como los cuatro misteriosos animales, entonan sin cesar el eternal Trisagio: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, que es y era y ha de venir*³, quedando como atónitas en la contemplación de la santidad y omnipotencia, eternidad é inmortalidad de aquel Dios de infinita grandeza; y contemplando al Juez eterno en el que aquí se presenta como Salvador; ora, finalmente, tomando los vasos de sus corazones dorados con el oro finísimo de la caridad, y llenos del suave incienso de oración y mortificación, ofrécenlos con entrañable afecto, y de todos los modos posibles se esfuerzan por emular á aquellos cortesanos celestiales que celebran eternamente con modos siempre nuevos la gloria de Dios y del Cordero⁴. ¡Almas dichosas! vosotras formáis en la tierra la hermosa corte del Rey del cielo, ocupándoos sin cesar en su alabanza, compensando de este modo con vuestra ardiente caridad la tibieza é indiferencia de la mayor parte de los hombres.

7. De esta suerte recibe Jesucristo el homenaje, no sólo del entendimiento y del corazón de los hombres,

¹ Is. 51, 3.

² Apoc. 4, 11.

³ Apoc. 4, 8.

⁴ La Puente, Medit. VI.

sino aun de los sentidos, cautivados á los pies de Jesús por el místico arrobamiento del espíritu. *Mi corazón y mi carne*, decía el Profeta, *se alegraron en Dios vivo*¹; y así lo experimentan el día de hoy cuantos asisten á este grande acto religioso. ¿Quién puede poner diques al torrente desbordado que se precipita de las alturas de la cordillera? ¿quién aprisionar dentro del pecho los afectos del corazón para que no salgan á los ojos, al semblante, á todo el hombre exterior? Tal empeño sería imposible, porque fuera pelear contra la naturaleza. Ni lo es menos pretender ceñir el culto religioso á la región del espíritu y tachar de superfluo y supersticioso el culto externo, como insensatamente ha pretendido el protestantismo. Pero ¿cuándo este culto exterior es más pomposo, pródigo y magnífico que en la gran solemnidad del *Corpus Christi*? Encantado el espíritu con la admirable majestad de las ceremonias sagradas, quedan juntamente absortos y como suspensos los sentidos, y dulcemente fascinada la imaginación. La esplendidez y variedad de los adornos, dentro y fuera del templo, las turbas de pueblo que se agolpan, la profusión de luminarias, la riqueza deslumbradora de los sagrados ornamentos, el brillo del oro y de las piedras preciosas del sagrado ostensorio, todo eso y mucho más, que es imposible describir, lleva tras sí los ojos y la fantasía de la religiosa muchedumbre, mientras tanto que regalan sus oídos los torrentes cadenciosos de la música sagrada, sobresaliendo los cánticos festivos que la Iglesia ha destinado expresamente para esta solemne ocasión, llenos, sonoros, majestuosos y ricos de armonía. *Sit laus plena, sit sonora, sit iucunda,*

¹ Ps. 83, 3.

*sit decora mentis iubilatio*¹. No falta siquiera el tributo del olfato, pues hoy, como nunca, es preciso que las olas del regalado incienso y los perfumes delicados se difundan por todo el ámbito del templo, en obsequio de Aquél á cuyos pies quebró la piadosa Magdalena el frasco de alabastro y derramó el unguento del precioso nardo, quedando perfumada toda la casa del Fariseo y aun toda la redondez de la tierra.

8. Y este homenaje, para ser completo y verdadero triunfo de Jesucristo, tribútanlo no sólo las masas sino todo el cuerpo social, las autoridades y el pueblo juntamente. Porque es preciso, hermanos míos, que así sea; lo demás sería hacer agravio al soberano Señor de pueblos y naciones. Cuando Jesús hizo su entrada en Jerusalén el día de Ramos², según estaba profetizado que había de hacerla, no quiso menos que ser reconocido y aclamado por Rey de Israel, como verdadero hijo y heredero de David, y como enviado del Señor para regir y gobernar á toda la humanidad. *He aquí á tu Rey*, había dicho Zacarías, *que viene á ti lleno de mansedumbre y humildad*. Y las turbas, obedientes á la inspiración y á los decretos divinos, iban delante y detrás del Salvador, gritando: *¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana y salvación en las alturas*³! y con estos aplausos entraron en el templo de Jerusalén á pesar de la indignación de los enemigos del Salvador que bramaban de furiosa envidia. Como á verdadero Rey de Israel rendíanle homenaje, descuajando los árboles para enramar el suelo que había de pisar, y alfombrando

¹ Eccl. in Missa SS. Corporis Christi.

² Matth. 21, 7 sqq.

³ Matth. 21, 9.